

Sanando

Liz Zhingri

Correo: lizzhingri@gmail.com

Mi cuerpo tiene una gran capacidad para cicatrizar las heridas. O al menos esto es lo que dice Tamara, la doctora que me atiende desde hace casi tres meses. Dentro del mismo tiempo, he ido a varias consultas diferentes por dolores varios; para tener veintiséis años visito más consultorios que discotecas —o cualquier otro lugar más creativo— durante los fines de semana, y no es casual.

Mi cuerpo, *mi primer territorio de lucha*, es también mi única herencia. Como tal, tiene impresa una historia, y esta se expresa a través de *marcas de la memoria*, que entre sutiles y explícitas, se encuentran repartidas en mi existencia. Por ello, ante cada dolor, me permito superar la impresión que este me causa, comprender cómo biológicamente se compone, y además preguntarme cómo conecta con aquellos otros dolores enfrentados por mis abuelas.

Aunque para mí, rastrear una genealogía es una tarea un poco imposible puesto que la colonia se dedicó a borrar lenguas, saberes y trayectorias. En cada herida abierta en mi carne por acción de los aparatos quirúrgicos, intento descifrar la fuerza de una resistencia ancestral y los caminos hechos en el tiempo por las mías. Con esto no quiero romantizar la tortura y la violencia ejercidas sistemáticamente por los hombres blancos de poder, sino comprender cómo *aunque quisieron rompernos, no pudieron rompernos y, aunque quisieron matarnos, no pudieron matarnos*¹.

¹ Parafraseando el «Canto Coral a Túpac Amaru», del escritor peruano Alejandro Romualdo.

De ahí que los ejercicios de observación de mis heridas los hago a solas, conmigo frente al pequeño espejo rosa del cuarto de baño de mi casa. Por las noches, bajo la luz blanca que me recuerda a las lámparas del consultorio, sigo los hilos de la sutura, examino las células que anteceden a la formación de nuevo tejido, intento sentir en dónde comienza y en dónde se atenúa la inflamación, la miro movilizarse y desaparecer con el paso de los días. Exploro hasta que el frío de la baldosa sube por mis pies, y entonces descanso. *Los ríos profundos* de la sangre tienen el poder de convocarme a imaginar cuántas heridas fueron infligidas deliberadamente en el cuerpo sano de las mías, y cuánta potencia debieron tener —a pesar de vivir ya en condiciones radicalmente precarias— para seguir caminando con ellos y sus posteriores secuelas.

Porque, aunque vivimos en un momento donde el neoliberalismo niega que su promesa de libertad se asienta en la expropiación y aniquilamiento de poblaciones indígenas, negras y rojas de Abya Yala, nuestra *memoria encarnada* nos recuerda que esos procesos son más bien recientes, y que no se quedaron en un supuesto pasado remoto como hoy quieren hacer aparecer ciertos historiadores autodenominados «hispanistas». La conquista española que hizo posible la reproducción capitalista en nuestras tierras, no solo fue un suceso, sino que significó un sofisticado sistema de despojo y reproducción del terror a través del castigo físico y psicológico. Y eso claro que nos dejó marcas tras y sobre la piel.

Regresando a la exploración de las heridas, es imposible que, mirándolas, una no se pregunte también sobre los procesos infecciosos del mismo tejido abierto, expuesto a las condiciones climáticas del páramo y al entorno de esclavitud de los sistemas hacendatarios. Ha quedado documentado en la crónica colonial, y posteriormente representado en la literatura ecuatoriana, cómo varios de estos castigos estaban directamente asociados al tipo de trabajo asignado a hombres y mujeres. De ahí que, por ejemplo,

Dávila Andrade nos haya dejado la imagen de «fruta de sangre» para referir el castigo hecho a Dulita².

De estos mismos castigos hablan también nuestras madres y abuelas, fugitivas y sobrevivientes (y por fugitivas, sobrevivientes) de las haciendas contemporáneas en la sierra austral. Mi madre, Nancy Zhingri, nos contaría a mí y a mis hermanas varios casos en los que niñas campesinas, amigas o parientes suyas, ya por el trabajo asignado a cortas edades, ya por evitar castigos mayores, eran cercenadas en espacios domésticos. Cuando ellas no podían sobreponerse a ciertas secuelas, y ante la falta de atención médica, morían como Dulita, en cuestión de poco tiempo. Existen casos también donde mujeres jóvenes eran cortadas en espacios públicos, pero esta vez por sus maridos, quienes no dudaban en dejar entre la hierba, cerca de fuentes de agua y pastos de alimentar a sus animales, los pedazos de los cuerpos de las mujeres que sobrevivían a la violencia patriarcal.

De ahí que la imagen romántica de los campos, así como la imagen edulcorada que se tiene de las mujeres campesinas e indígenas en Ecuador, no sea más que una elaboración cómplice de siglos de silenciamiento de dolores encarnados. En la ciudad de Cuenca, donde resido actualmente, incluso se ha levantado una estatua cultural a ese espejismo, llamado *Chola cuencana*. No corresponde a este ensayo profundizar sobre la complejidad de esta sola figura, mas sí enfatizar cómo la producción de ciertas imágenes, que luego son adoptadas por el discurso oficial del poder, provienen de unos

2 «Entre lavadoras de platos, barrenderas, hierbateras, a una, llamada Dulita, cayósele una escudilla de barro, y cayósele, ay, a cien pedazos. Y vino el mestizo Juan Ruíz de tanto odio para nosotros por retorcido de sangre. A la cocina llevóle pateándole nalgas, y ella, sin llorar, ni una lágrima. Pero dijo una palabra suya y nuestra: ¡carajú! Y él, muy cobarde, puso en fogón una cáscara de huevo que casi se hace blanca brasa y que apretó contra los labios. Se abrieron en fruta de sangre: amaneció maleza. No comió cinco días, y yo, y Joaquín Toapanta de Tubabiro, muerta la hallamos en la acequia de los excrementos». César Dávila Andrade, *Boletín y elegía de las Mitas*, 1959.

lugares problemáticos para los relatos de paz social que requiere el Estado nación.

Cuando observo el desarrollo de la cicatrización, otra pregunta que exploro es sobre la sabiduría que tuvieron las ancestras para sanar, el conocimiento que fueron haciendo en el trabajo diario con su entorno y, sobretodo, con los elementos del mismo. Hoy en día, para tratar con las bacterias, en mi receta médica me prescriben antibióticos más fuertes que en un tratamiento común para ayudar a la coagulación de mi sangre; debo mantener días de reposo en posiciones específicas para aliviar el dolor del sistema nervioso. Tengo una combinación de tres medicamentos; esta serie de medicinas deja fuera ungüentos, líquidos y otros insumos que colaboran con la recuperación de mi salud. De esa forma, los rituales diarios, dietas y demás se han hecho rutinarias, pero no por ello menos molestas. Aun así, y con todos los cuidados, existen riesgos.

Pienso en esto al tiempo que dimensiono el conocimiento que tuvieron y tienen las abuelas sobre los componentes de ciertas plantas, minerales, sus activos principales, así como sus diversas reacciones a otros elementos. En lugar de los medicamentos que pasaron por un proceso farmacológico y de industrialización, la manipulación y generación de otras medicinas, sin duda, hizo posible la vida después de la violencia colonial en las haciendas. Cabe recalcar que, adicionalmente, el uso de cada elemento estaba íntimamente ligado a una cosmovisión propia, donde los activos de las plantas y minerales no se brindan sin los rituales previos de solicitud a los espíritus que les habitan. La medicina desarrollada fuera de laboratorios occidentales extendió las posibilidades de resistencia, y fue hecha a pesar de siglos de castigo y despojo. Sin embargo, la hoy llamada «medicina ancestral» ha quedado relegada al «retrasado» universo de la brujería, como si estuviera cosida al supuesto pasado remoto que se pretende borrar.

Como parte de un acto de justicia poética, enlisto a continuación una serie de medicinas aprehendidas de la boca y las manos de mi abuela, mamá y primas: sal marina en grano, hojas secas de higo, destilado de caña de azúcar, infusión de flores de manzani-

lla, emplastos calientes de guandul, ramas de chilca, atados de retama amarilla, pulpas transparentes de sábila, agua de rosas, concentrados agrios de ruda, humos dulces de palo santo, tallos tiernos de hierbabuena, infusiones de toronjil maduro, pelo de animales completamente negros, sabia blanca de diente de león, semillas de achiote machacado, flores abiertas de gañal, *warmi*-poleo, poleo-macho. Desde baños, hasta sahumeros, pasando por mezclas para agüitas, fueron las recetas que estuvieron siempre presentes en los laboratorios casi clandestinos de los espacios privados. De esta forma, así como el espacio doméstico asignado por la división sexual del trabajo era un lugar de autorizada violencia, el mismo espacio se convirtió en dispensario médico insospechado —e imposible ante los ojos del poder— que salvó a generaciones de mujeres y niñas, todas hijas de una lucha histórica que no se extinguió con el peso de una violencia en todos sus formatos.

Claro que ni todas las fórmulas botánicas pudieron rescatar a muchas de un engranaje depredador que con el tiempo perfeccionó sus formas de explotar nuestro cuerpo y conocimiento en función de necesidades de acumulación. Por ello, también, cada visita hecha a un consultorio es para mí una forma de subvertir un orden que no solo prohibió atención médica de diverso tipo a mujeres indígenas y campesinas, sino que, además, es el acto vivo de todas las que me acompañan en la piel, su reivindicación espejeada en la recuperación de la salud, negada primero por la hacienda (como institución, como ordenadora del trabajo y la vida) y omitida posteriormente por el Estado.

Pensar en las heridas y sus procesos de cicatrización no ha sido otra cosa que hacer un recorrido por las diversas formas de sanar dolores que encontraron las «brujas andinas» de mi genealogía. A través del cuerpo y de su medicina, ellas enfrentaron un régimen *necropolítico* que echó mano de varios mecanismos de *terror* y *cercamiento* —como los describiría Silvia Federici— de nuestras poblaciones. Y, aun así, siglos después nosotras, las hijas de las brujas que no pudieron quemar, romper, descuartizar y borrar, estamos empleando tecnologías históricamente negadas para crear altares, le-

vantar rezos y levantarnos a nosotras mismas en medio de las rein-
venciones de la colonia, del patriarcado, del capital.

A modo de conclusión, creo en la fuerza de los actos de justi-
cia poética que se manifiestan en el cotidiano, así como creo en las
formas de organizarlos e irlos leyendo dentro de nuestro imaginario.
No obstante, quiero dejar claro que el acceso a medicina, así como el
acceso a educación, y otros tantos derechos, no se garantizan cuan-
do una porción numérica de nosotras accede. Parafraseando a Audre
Lorde, puedo decir que ni yo ni ninguna otra seremos libres mientras
existan mujeres y niñas sometidas a las condiciones de control, vio-
lencia y explotación que denunciamos. En Ecuador, las niñas y mu-
jeres siguen experimentando las secuelas de los latifundios en todas
las regiones, el megaextractivismo que destroza selvas y páramos es
el *continuum* perverso de los sistemas hacendatarios, donde, una vez
más, el objetivo es hacer de nuestros cuerpos y vidas carne de cañón
de un sistema caduco, que nos enferma y asesina.

Mientras existan Furukawa, Ecuacorriente, Lamgold, mien-
tras existan Gobiernos cómplices de empresas como estas, nues-
tra memoria y la resistencia de las brujas-abuelas también seguirá.
Nuestro universo social, simbólico y espiritual no puede extinguirse
con inversión extranjera, o con planes de desarrollo que significan
directamente desastre y empobrecimiento. Nuestros laboratorios
siguen vivos, nuestras pieles son habitadas por una multiplicidad
de legados y, con esa herencia, seguiremos caminando y luchando
por recuperar la salud de nuestro cuerpo-territorio y de nuestra casa
común.

*Para todas las abuelas, no reconocidas en la historia oficial,
sus nietas escribimos para sanar.*

Referencias

- Dávila Andrade, César. *Boletín y Elegía de las Mitas*. 1959.
- Federicci, Sylvia. *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Quito: Ediciones Abya Yala, 2004.
- Mbembe, Achille. «Necropolítica.» España: Editorial Melusina, 2006.
- Romualdo, Alejandro. «Canto Coral a Túpac Amaru» *Edición extraordinaria*. Lima, 1958.